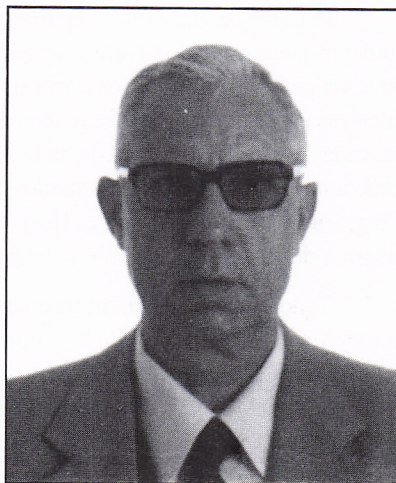


COMUNIDAD SALESIANA "SAN FRANCISCO DE SALES"

Santo Domingo Savio, 2
14002 - CÓRDOBA (España)



Queridos Hermanos:

Con esta carta cumplo el doloroso deber de comunicaros la muerte de

Don Ángel Martín González

sacerdote salesiano, ocurrida el día 3 de junio de 1994 a las dos y cuarto de la tarde, en los servicios de urgencia del Hospital "Reina Sofía" de Córdoba, a consecuencia de parada cardiorespiratoria por edema agudo de pulmón. Sus restos mortales descansan en el panteón salesiano del cementerio de San Rafael. Contaba 70 años de edad, 52 de profesión religioso y 42 de sacerdocio.

PROCESO DE SU ENFERMEDAD

Don Ángel estaba enfermo desde hacía siete años. En la noche del día 5 de junio de 1987, estando ya ingresado en el Hospital con dolor precordial y en el codo izquierdo, le sobrevino un infarto de miocardio junto a un edema agudo de pulmón. Después de doce días de intensos cuidados, es dado de alta provisional. Pero, a los cuatro días, el 21 de junio tuvo que reingresar urgentemente de nuevo en el Hospital con signos de edema pulmonar; el día 24 le volvía a repetir el infarto. Cuando, a los pocos días, era dado de alta, volvía a casa con la función ventricular izquierda deprimida, y la resolución tomada por los médicos de no intervenir quirúrgicamente dado el estado delicado del corazón, que padecía cardiopatía isquémica grave.

En febrero de 1988, se le descubre diabetes y mal funcionamiento del tiroides; pero es el 4 de abril de ese mismo año cuando, ingresado en la Clínica Sagrado Corazón de Sevilla para hacerse una resonancia magnética nuclear, tuvo que ser atendido en la UCI a consecuencia de un fallo ventricular izquierdo, que le produjo un nuevo edema agudo de pulmón. Repuesto de todo ello, regresa, después de tres días, al Hospital "Reina Sofía" de Córdoba, donde se le presentó una fibrilación ventricular, que remitió con choque eléctrico.

El 21 de octubre de 1992, mientras era atendido por el dentista, se le repitió, por tercera vez, el edema agudo de pulmón, que pudo superar gracias a que el mismo doctor le trasladó inmediatamente, en su coche particular, al Hospital.

A partir de entonces, y apartado totalmente del trabajo docente y pastoral, debió cuidar minuciosamente su salud, sometándose a revisiones periódicas, que le han permitido vivir sin nuevos tropiezos hasta que, el 3 de junio de 1994, a las 12 de la mañana, mientras escribía una carta de felicitación a su hermana Beatriz, se vió afectado por una nueva crisis reflejada en mareos, falta de visión y dificultad para articular las palabras. Las inmediatas atenciones médicas fueron suficientes para advertir la gravedad de la situación e ingresarlo con urgencia en el Hospital, donde murió al no responder positivamente a ninguno de los remedios que le fueron prestados.

Todo este proceso tuvo sus precedentes en abril de 1985. Encontrándose en Guatemala y Venezuela, escribiendo la historia de las Misiones Salesianas comunicaba al entonces inspector de Córdoba, D. Antonio Rodríguez Tallón, que, aconsejado por los médicos de Caracas, debía repatriarse dada la aparición de síntomas preocupantes de un corazón cansado.

DATOS CRONOLÓGICOS

Don Ángel nació el 26 de marzo de 1924 en Villaralbo, población de unos tres mil habitantes, de la provincia de Zamora. A los doce años, en 1936, tiene su primer contacto con los salesianos en Sevilla. Tras propuesta del director del Colegio y con gran satisfacción de sus padres, ingresa en el aspirantado de Montilla, desde donde, después de cuatro años de humanidades, parte para hacer el noviciado en San José del Valle durante el curso 41-42. Profesó, por primera vez, los votos el 16 de agosto de 1942. Tras dos años de estudios filosóficos, es enviado al Colegio Salesiano "Sagrado Corazón" de Ronda (Málaga), donde prestó sus servicios como "maestro y asistente" durante los cursos 44-48. Los estudios teológicos los llevará a cabo en Carabanchel Alto (Madrid) a lo largo del periodo 1948-1952, año en que Mons. Iglesias, Obispo de Seo de Urgel, teniendo Ángel 28 años, lo ordenó de sacerdote el 31 de mayo, durante el XXXV Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Barcelona. Fue, estando ya en teología, cuando el 1 de noviembre de 1949, emitió la profesión perpetua. En el verano de 1950 terminó los estudios de Magisterio en la Escuela "Andrés Manjón" de Granada.

Viene, luego, un largo periodo de tiempo en el que ejerce tareas educativas y pastorales en diversos centros salesianos, tales como La Orotava (52-54), Posadas (54-56), Utrera (56-57), Alcalá de Guadaira (57-58), Sevilla Univ. Laboral (58-61), Alcalá de Guadaira, de nuevo, (61-63), Sevilla-Triana (63-65), aprovechando este periodo para doctorarse en Historia en 1964; La Orotava, de nuevo (65-67), Granada (67-70), Madrid-Colegio Mayor "San Juan Bautista" (70-71), licenciándose en románicas; Granada, otra vez (71-72), Almería-Colegio Universitario (73-74), Roma-Casa Generalicia (74-81), Madrid CCS (81-84), impartiendo clases en la Escuela Universitaria del Profesorado de EGB "San Juan Bosco"; Guatemala (84-85) y Córdoba "San Fco. de Sales", hasta su muerte.

SU INFANCIA

Ángel era el mayor de siete hermanos. Sus abuelos paternos residían en Moraleja del Vino y los maternos, en Villaralbo, ambas poblaciones de unos tres mil habitantes, a diez Km. de Zamora. Todos ellos se dedicaban a la agricultura, siendo de buena posición económica.

Su padre, Paulino, poseía una empresa de transportes, pero estudió la carrera de Magisterio, que no ejerció hasta 1931. Gozaba en dedicar su tiempo libre a viajes y a la lectura.

Su madre, Estefanía, se ocupó siempre de los cuidados de la familia y de la casa, destacando por su carácter dulce y su devoción a la Virgen del Carmen.

Ángel, según testimonio de sus propios hermanos, fué muy deseado por padres y abuelos. Por sus características físicas, se parecía más a la familia paterna, que le otorgó todo tipo de atenciones. Asiste a la escuela primaria en Villaralbo, mostrando, desde muy pequeño, un alto sentido de la responsabilidad, capacidad de trabajo y afición a la lectura.

Sus primeros años se desarrollan en un ambiente familiar muy religioso, siendo habitual la participación en la misa diaria y el rezo del rosario en familia.

Con motivo del ingreso del padre en el Magisterio, en 1931, la familia se traslada a Andalucía, primero a la provincia de Córdoba, y luego a Sevilla, donde nacieron varios de sus hermanos. Ángel contaba entonces siete años.

Siguen refiriendo sus hermanos que destacaba por su respeto y veneración hacia el padre, en cuya compañía pasaba largas horas leyendo libros. Siempre fue muy cuidadoso con su higiene personal y forma de vestir. Manifestó un gran desprendimiento desde pequeño y era habitual en él estar dispuesto a ayudar a los demás. Desde su ingreso en la Congregación Salesiana, inculcó a sus hermanos la devoción a María Auxiliadora, y se preocupó por su progreso en los estudios, cosa que extendió más tarde a todos sus sobrinos.

UN DIARIO, DEPOSITO DE VIDA

Para cuanto sigue, junto a las informaciones generosamente aportadas por amigos y compañeros de Ángel, recurriré con frecuencia al "diario", que venía elaborando durante los siete años de enfermedad, y al que él me hizo directa alusión cuando lo sacábamos de la habitación camino del Hospital, presintiendo que no volvería más a casa.

A lo largo de múltiples páginas, quedan reflejados aspectos originales de una personalidad humana, cristiana y salesiana, quizás algo difuminados en la vida ordinaria.

"Diario" que, en largas horas de silencio y recogimiento, le sirvió como instrumento de entretenimiento, de reflexión sobre la realidad familiar, comunitaria y social, de síntesis de la experiencia, de expresión de la intimidad, de autoevaluación de un vivir inquieto y fecundo, de meditación personal.

Resulta formidable y alentador, para el conocimiento y admiración de la personalidad integral de D. Ángel, contemplar en esas páginas cómo se encuentra consigo mismo y con Dios, a través del esfuerzo de cada día en lucha permanente con su corazón herido.

Día tras día, va pasando revista a todas y cada una de las circunstancias de su monótono vivir, para calar en un análisis profundo y sincero de los valores y límites donde la vida adquiere su verdadera dimensión y la historia personal su genuino significado.

Es preciso advertir, sin embargo, que es, sobre todo, un diario espiritual, donde encuentran puntual acogida referencias y comentarios de la Palabra de Dios en relación con la propia espiritualidad, con el sentido de la vida y con su actitud ante la enfermedad y la muerte. San Juan de la Cruz, frecuentemente aludido y transcrito, le sirve de guía casi constante en su meditación.

PERSONALIDAD HUMANA

Ya en la infancia de Ángel, como queda dicho más atrás, se descubren gérmenes de las grandes virtudes y valores que, más tarde, mostrará con toda evidencia.

Poseía una gran inteligencia y agudeza de mente, que puso de manifiesto, por ejemplo, obteniendo matrícula de honor y premio extraordinario al licenciarse en Historia en la Universidad de Sevilla, y alcanzando las máximas calificaciones cuando completó el doctorado en la misma Universidad. Esto, junto a un espíritu inquieto y soñador, ordenado, austero y sistemático, le impulsaba a ser muy exigente consigo mismo y con los demás. Poseía un temperamento fuerte y, con frecuencia, radical, que, en ocasiones, prestaba alas a una actitud crítica que, sin embargo, procuraba que siempre estuviera inspirada en el afán por la verdad y la autenticidad, y de la que luego, en no pocas veces, se arrepentía. En alguna ocasión se duele de no saber colaborar mejor en este sentido, al mismo tiempo que es severo consigo mismo en un acto de autoevaluación personal: *"No quiero, escribe, que se entienda mi crítica como una agresión desde fuera, sino como una colaboración particular desde dentro, desde dentro de mi corazón. Se critican los hechos, jamás las intenciones"*. Disculpa, que completa otro día con esta oración: *"No permitas, Señor, que tome demasiado en serio mi propio Yo. Dame el sentido del humor y saber compartirlo con los demás"*.

En este cuadro, encuentra sitio el ejercicio de una gran paciencia consigo mismo, a la que dedica un soneto bellísimo aludiendo a la amargura que sentía después de alguna reacción menos correcta.

Aunque parco en alabanzas, sabe mostrarse cariñoso y agradecido con sus familiares y con todos aquellos que le prestan su favor. No es raro encontrar en su diario alusiones, incluso poemas, a familiares y a salesianos con los que ha convivido, poniendo de relieve el mérito y las cualidades, tanto de sus personas como de sus obras y escritos.

Fué desprendido, generoso y servicial mientras pudo, ofreciendo ayuda, orientaciones y material de trabajo a quien se lo pedía.

Llamó siempre la atención por su tesón y su entrega al trabajo incansable.

Pero lo que, quizás, más destaca de su personalidad es el afán de saber, el amor al estudio y a la investigación histórica. Sentía necesidad constante de estar al día y dominar el pensamiento histórico, filosófico y teológico. Para ello, leyó de modo permanente hasta que los límites de salud y visión se lo permitieron. Fruto y consecuencia de todo ello fueron su vasta cultura, su cuidada preparación profesional y su amplia producción histórica.

Detalles de todo esto quedaron recogidos por el mismo D. Ángel en una nota biográfica que cita en su obra "Los salesianos de Utrera en España". Inspectoría de Sevilla. 1981.

El período de tiempo entre 1974 y 1981, en el que forma parte, desde la Casa Generalicia donde reside, del Centro de Estudios Históricos de las Misiones Salesianas (CSSMS), sito en la UPS, es especialmente significativo para él en este sentido. Mientras trabaja en el Archivo de la Casa Generalicia, completa sus estudios históricos en la Escuela Especial de Paleografía y Diplomática, aneja al Archivo Vaticano; cursa Archivística y Biblioteconomía y perfecciona sus estudios eclesiásticos en las Facultades de Historia Eclesiástica y de Misionología de la Universidad Gregoriana.

De toda su producción histórica y salesiana, admirada por todos y que mereció de un salesiano los adjetivos de "envidiable e inconmensurable, difícil de igualar", cabría destacar, junto a los libros sobre la fundación de Utrera, Carabanchel y otros, su extraordinaria labor a favor de las Misiones Salesianas. En relación con ellas, escribe: *"Estuve un año entero vagando por la Amazonia. Conocí la selva y conviví con los indios de las misiones salesianas para hacer su historia, que escribí en Venezuela en los años 1983-84. Después pasé a los indios Ketchies de Guatemala"*. Verdaderamente se entregó por entero a ella, siendo muy numerosos sus libros y artículos a este respecto. Muestra de ello son los siguientes títulos:

* *"Actividad misionera salesiana en la Iglesia. Presupuestos y antecedentes históricos jurídicos y administrativos"* (1977).

* *"Origen de las Misiones Salesianas. La evangelización de las gentes según el pensamiento de San Juan Bosco"* (1978).

* *"Evangelización misionera hoy. Estudio histórico-doctrinal"* (1981).

* *"Cala en el castellano de los primeros misioneros salesianos"* (1974).

* *"El Dr. Pedro Bartolomé Ceccarelli y el primer colegio salesiano en América. Perfil biográfico y epistolario inédito del Dr. Ceccarelli con San Juan Bosco"*. Buenos Aires. Edit. Don Bosco, 1980.

* *"La Prefectura Apostólica del Río Ariari. Misión Salesiana (Colombia)"*. Madrid, publicaciones del CSSMS, 1977.

Sin lugar a dudas, puede aplicarse a toda su obra escrita lo que se dijo en Utrera, en relación con el libro citado: "Se distingue por su alarde documental, rigor histórico y amabilidad. Riqueza documental exhaustiva. Rodea el hecho histórico de calor humano y expone magistralmente las circunstancias que rodean los hechos y las personas".

ESPIRITUALIDAD SALESIANA

Don Ángel fue una de esas personas que, a pesar de las dificultades propias de toda opción mantenida, quiso y supo ser fiel a su vocación salesiana. Una fidelidad que se superó a sí misma partiendo de su familiaridad con la historia salesiana y que se expresó en "un gran cariño por la Congregación y en una disponibilidad, que le llevó a muchas inspecciones y naciones para hacer más efectivo su servicio y hacer rendir sus conocimientos", como afirman sus amigos y compañeros de Roma.

Todo su acerbo cultural y su afecto por la Historia Salesiana le sirvió para sentirse más vinculado al trabajo pastoral durante los últimos años de su vida, tanto en la prestación de servicios, como a través de la oración y mostrando interés por las tareas que los hermanos desarrollaban.

Es magnífico, por otra parte, su sentido de Iglesia. Su diario está jalonado de referencias a la historia y al devenir cotidiano eclesial. Hace análisis de sus circunstancias y busca razones para amarla. Escribe mucho y bien del Papa, preocupándose también de la actitud de los salesianos hacia todo esto.

María Auxiliadora ocupó, desde pronto, un lugar destacado en su espiritualidad. Al testimonio que dan sus hermanos, de cuando era pequeño, se unen hoy el de cuantos convivieron con él después. Incontables son los poemas y las oraciones que dedica a María Auxiliadora, especialmente con ocasión de las fiestas marianas. En uno de los últimos cuadernos, y como si de su testamento se tratase, escribía: *"Quiero confesar con certeza contundente que he sido amado por Dios y por María Auxiliadora; de que lo soy actualmente, a pesar de mis vacíos"*.

Su vocación religiosa se traslucía en una constante oración personal, en una gran estima por la vida comunitaria, y en la práctica constante de los sacramentos. Entre sus escritos, deja un apretado manojito de plegarias sencillas sobre diversas circunstancias de la vida personal y ajena, especialmente de los pobres. Uno de los días dejó escrito, como recuerdo: *"Tuve tiempo para rezar todo el breviario delante del Santísimo en la capilla. Y celebrar la eucaristía muy pausadamente, meditando casi frase por frase. Así resulta una preciosidad admirable"*.

A pesar de sus dificultades personales, amaba la vida comunitaria y echaba de menos la presencia de los hermanos, aunque fuera por razones pastorales. Gustaba de comentar algunos de sus aspectos, sirviéndose de artículos de prensa y aportando cierta dosis de humor.

La celebración diaria de la eucaristía y la confesión mensual, en la Iglesia de San Pablo, van unidos a una vivencia muy profunda de su sacerdocio, sobre el que hace múl-

tiples consideraciones y expresiones de acción de gracias. Dejaba escrito el Viernes Santo de 1991: *"Ahora, Señor, que extiendes tus brazos en la cruz para abrazarme, déjame agradecerte este don de ser tu sacerdote, que me has regalado durante cuarenta años"*. Y, en otra ocasión: *"Lo único y positivo y valioso que encuentro en mi vida es el sacerdocio y la eucaristía"*.

Al final de sus días, como si presintiera la proximidad de la muerte, sintetizaba así toda la vida: *"He seguido los caminos que me marcó la Congregación Salesiana para servir a la Iglesia de Cristo, dentro del carisma de D. Bosco. El vértice de mi ministerio pastoral ha estado siempre en la docencia, para la cual me capacitó en la Universidad. Desde el día de mi jubilación como profesor, he tratado de "vivir" para el Señor"*.

VIVENCIA CRISTIANA

Me ha parecido oportuno dejar para el final esta referencia al sentido cristiano que D. Ángel dió a su vida, especialmente durante los últimos años, para resaltar la centralidad de Cristo en su nueva situación y su actitud ante la enfermedad y la muerte.

La dura soledad de siete años, vividos lejos de toda actividad, son tiempo más que sobrado para, puesta la mirada en Dios, hacer balance purificador de toda la experiencia pasada. En el caso de Ángel Martín, esto adquiere tonos excelentes dada la intensidad y la riqueza de su vida interior.

Aunque afirma con resolución que ha sido feliz, la constancia de desencantos y fracasos en la propia vida le lleva a preguntarse, repetidas veces, *"si ha merecido la pena tanto esfuerzo, tanta briga, en vez de estar más cerca de las personas"*. *"Cuántas cosas por las que antes luchaba y me angustiaba se me han vuelto fútiles e innecesarias"*, escribía, queriéndole quitar importancia, quizás, a toda una vida tan fecunda entregada con generosidad. Pocos días antes de morir, deja escrito: *"Señor, soy un trasto, pero te quiero. Mi alforja está vacía, me espanta mi pobreza, pero me consuela tu ternura. Mi vida es como una flor rota, pero acepta la ofrenda de este atardecer"*.

A pesar de todo, sabe valorar la oportunidad que tiene para apreciar el tiempo libre de que dispone y poder así descubrir y gozar la belleza y la bondad de la naturaleza, del ajetreo de la gente por la calle, del devenir sociocultural.

Pero, entre todo esto, Dios será siempre el centro de esta nueva experiencia vital: *"Cuando la enfermedad veta el encuentro/ que cada día me ponía en vilo/ para hacer mi servicio generoso,/ vuelvo a ti, Señor, mi luz y mi centro./ Así mi corazón queda tranquilo/ dialogando contigo en reposo"*.

Resulta sorprendente constatar la postura que D. Ángel toma ante la enfermedad y la muerte, ambas siempre unidas en sus innumerables alusiones. No sólo no las rehuye, sino que se acerca a ellas resueltamente para conocerlas y utilizarlas en su encuentro con Dios. Ambas le sirven para *"un contacto con Cristo más veraz y profundo"*, para *"sentir, como nunca, la alegría de creer"*. Es hermosa esta confesión: *"He girado siempre entre Dios y el mundo, sin acabar de entregarme totalmente a Dios. Hasta que un día Dios me*

atrapó por medio de la enfermedad y me hizo suyo (...) En esta encrucijada de mi vida, me encontré con el dolor y la enfermedad y me situé con Cristo en el Huerto de los Olivos, porque la muerte iba siendo tangible para mí".

No duda en hacerlas objeto de acción de gracias, porque sabe ver en ellas la voluntad del Padre, que acepta con obediencia plena. Por eso, encuentra fuerzas para ofrecerlas con sentido de oblación personal.

No obstante, fácil es comprender que Don Ángel tuvo también momentos de tristeza y de abatimiento por estos mismos motivos. Pero, aún entonces, lucha por no verse derrotado y se defiende hábilmente con la fe y la esperanza puesta en Dios, hasta ser capaz de colocar la muerte, que intuía ya próxima, en un contexto de optimismo y confianza: *"No me dejo embargar por el hastío, ni permito que el mal humor me oprima; el final de mis días lo recibo con renovado brío". Mi enfermedad es el misterio que Dios quiso para mí. Tengo que aprender a vivirla con fe y alegría, con esperanza cristiana".* Y añadía: *"Ya se acaban mis días, y ya vuelo/ hacia tu posesión, con gran premura/. Voy al encuentro de mi gran ventura:/ de Jesucristo, que es inmortal consuelo".*

Me haría interminable transcribiendo citas de su diario, a este respecto, en el que se entretiene *"jugando con la muerte, que no asustado"*, porque *"me queda una sola certeza: la de saberme amado por Dios"*.

Queridos hermanos: Al terminar esta carta, no puedo menos de reconocer con gozo cómo, a pesar y por encima de nuestras debilidades, "el Poderoso hace obras grandes en nosotros". La persona, la vida y la obra de D. Ángel, con quien he convivido solamente un año, son un signo evidente de ello. Alabemos al Señor!.

En nombre propio y en el de esta comunidad, expreso nuestro agradecimiento a todos aquellos que, de una manera u otra, se unieron a nuestro dolor por la pérdida de D. Ángel. También a sus hermanos y a cuantos generosamente me han ayudado, con sus aportaciones, a escribir estas páginas.

Al mismo tiempo que seguimos encomendando a Dios el alma de nuestro hermano, os pido una oración por esta comunidad, pidiendo al Señor que nos bendiga con abundantes y santas vocaciones.

Córdoba, 24 de julio de 1994

Manuel Rubio Vaquero.
Director

D. ÁNGEL MARTÍN GONZÁLEZ nació el 26 de marzo de 1924 en Villaralbo (Zamora). Primera Profesión, el 16 de agosto de 1942, en San José del Valle (Cádiz). Profesión perpétua, el 1 de noviembre de 1949, en Madrid. Ordenación sacerdotal, el 31 de mayo de 1952, en Barcelona. Murió en Córdoba (España) el 3 de junio de 1994.
